

vencido como yo, colmado de paz y temiendo sufrir demasiado poco al pié de la cruz, no ha de poder hacer la limosna de su felicidad á los vencedores de este mundo?... Pues yo bien sé lo que sufren, porque he sido tambien vencedor y torturado por la victoria.—¡Mas con qué desdén hubiera yo rechazado lejos de mí á cualquiera que me hubiera dicho entonces que pusiera mi mayor felicidad en quebrantar mi orgullo, que era mi vida misma, la vida de mi vida!...

¿Y le he quebrantado de veras? ¡Señor! ¡arrancado de mi corazon hasta el orgullo de haber quebrantado mi orgullo!

Llegamos al Hospital Magdalena, Fácio y yo cuando iba á comenzar la operacion. El cirujano estaba ya en su puesto. El doctor nos dejó en el pasillo, por más que Fácio tuviera mucho deseo de ver. A los cinco años no tienen los niños nocion de la muerte ni casi del sufrimiento.

Magdalena rezaba. Yo por mí le pedía á Dios con fervor la palabra que derrite los corazones y reduce las conciencias.

La operacion duró unos quince minutos.

Fué, á lo que parecia, una operacion magistral y que tuvo el éxito más completo. El doctor estaba por ello conmovido cuando vino á buscarnos.

—Os prohibo estar más de tres minutos con el enfermo,—nos dijo,—y aun falto á la consigna en permitiros entrar á verle. Hemos tenido un éxito asombroso; ya volveréis mañana. Este pobre hombre va á andar en los periódicos. No ha jurado ni gruñido, por más que el cloroformo no le hizo nada. Es un hombre de hierro.

¡Pobre amigo Blot! ¡Carcomido de la miseria y del vicio, de esas dos roñas alimentadas por la horrible industria de los que viven del odio!

Cuando entramos, Pedro estaba acostado en una cama muy blanca. La hermana de la caridad andaba alrededor de la cama y le elogiaba por su valor.

—Bien sabia yo que había de venir alguno de casa de ustedes,—me dijo sin casi menear los labios.—Soy atrozmente fuerte, pero con todo, de esta vez, se me figura que voy á liarlas para la Siria.

—¿Quiere usted que venga el capellan?—le preguntó la hermana de la caridad, que al ver la calma en que se había quedado desde la víspera, le miraba ya como convertido.

—Gracias,—respondió él de buen humor;—no gasto por ahora.

Y añadió guiñándome el ojo:

—¡No sabe más que eso!

La hermana, que estaba para retirarse, volvió

hacia él y besó la cruz de un rosario que sacó del bolsillo, diciendo con dulzura:

—Es verdad; no sé más que eso.

Y le alargó la cruz.

Pedro no se movió, y dejó caer los párpados sobre los ojos, pero sin alarde.

La hermana cogió en brazos á Facio y le besó. Al volverle á posar, desenredó su rosario y se le metió por el cuello como jugando.

—Ya veo la historia,—murmuró Pedro Blot meneando la cabeza y sonriéndose;—me van ustedes á enredar cuando ya no pueda defenderme.

La religiosa se marchó en cuanto vió á Facio llevar la cruz del rosario á los labios.

Había allí algo que me oprímia el corazón de una manera terrible. No sé si he sentido alguna vez la presencia de Dios con más fuerza que en aquellos instantes.

Magdalena y yo nos aproximamos á la cama, y ella le cogió la mano á Pedro. Estábamos solos. A los pocos pasos, en el esconce de una ventana, había un jovencito que escribía sobre las rodillas.

—Es redactor del periódico de medicina,—me dijo Pedro;—escribe de prisa porque sale mañana. Hace diez años, que no se ha visto operacion tan hermosa, según dicen.

Retiró la mano de entre las de Magdalena para tendérmela á mí, y en cuanto se apoderó de la mía me la estrechó vigorosamente. No era aquel apretón de manos el de un moribundo.

—Ha ido sin duda á buscarme la sotana—me dijo hablando de la hermana de la caridad.—Es una buena muchacha, pero muy tonta.... A estas horas Mazagrán almuerza en el ministerio á cuarenta pesetas el cubierto.... ¡farsante! Tiene talento, y es preciso que haya nacido de pie para vivir como en bodas á costa de todos los que sufren.... Con tal que esta pobre vieja de esta sociedad no le ahogue al darle á comer y a beber su propio contento.... Caro, sí, le costará á la sociedad; pero no tiene que hacer por su parte más que pagar el precio, y él se hará todo lo que hay que ser.... hasta gendarme.... ¡Calla! Ya el mata-sanos en capullo ha concluido de escribir cómo he sido *curado*....

No había más amargura en la ironía de esta última palabra que en lo concerniente á Mazagrán, y Pedro continuó en seguida:

—Yo era muy fuerte, pero todo se gasta. Dénme ustedes ese «abejorro» para que le abrace.

Cogió á Facio, y conforme le levantaba, las sargas del rosario de la monja se chocaban y rugían.

Pedro frunció las cejas, y dijo mirando á Facio:

—Aquí está el retrato de la pobre Adela.

—Mira Juan—murmuró Magdalena;— con una palabra, como tú sabes decirlas, caería redondo este infeliz en brazos de Dios.

—Pedro—le pregunté yo;—¿ha oído usted lo que dice mi mujer?

Pedro abrazó á Facio con más ternura que nunca.

—¿Y se acuerda usted—añadí,—de lo que yo le decía en otro tiempo? Le solía decir á usted: «Está usted muy cerca de Dios. No hay nadie sino Dios que haya sufrido más que usted.....»

—Si viera claro ese Dios de ustedes—refunfuñó,—¿dejaría á Mazagrán hacer su negocio?.....

Magdalena le habló al oído á Facio, y éste cogió con las dos manos el rosario de la hermana y le pasó de un tiron al cuello de su padre con esa graciosa facilidad de los niños.

Pedro quedó asombrado; todavía quiso reirse, pero sus labios lo resistieron: estaban rígidos.

—Es una tontería—dijo,—aprovecharse de que uno no puede más.... Pero esto no hace mal ninguno.... ni bien tampoco. ¡Ah! si fuera verdad que hay alguien que ha sufrido por mí más que yo mismo y que ha muerto para hacerme en otra parte tan dichoso como aquí he sido desgraciado, aunque éste fuera el Dios de ustedes..... se lo agradecería.....

Pero sí, búscale..... ¡Trabajos! ¡Y después trabajos!.... ¡Y más tarde, todavía más trabajos!.... Esto es todo lo que yo he tenido sobre la tierra. No se puede creer en lo que es contra el sentido común.

—Pedro—le respondí,—los trabajos de usted en la tierra son su riqueza de usted en el cielo. ¡Es verdad que Dios ha muerto por usted! ¡Es verdad! Yo se lo juro! Él es, su Salvador es el que le habla á usted en el fondo de su conciencia quebrantada. ¡Amigo mío, amigo mío querido, no se amilane usted: vea, crea y ame. Mírele usted por usted mismo martirizado. Mire usted las cinco llagas de su cuerpo y de su corazón que manan todavía la sangre de nuestro rescate en esta hora mucho más preciosa para usted que la reunión de todos los siglos. ¡Mírele usted! Dígale usted tan sólo: «¡Padre mío, padre mío, padre mío!»

Humedeciéronse los ojos, y en cada uno de ellos brilló una lágrima. Y sus labios tocaron la cruz voluntariamente, mas con recelo. Entonces le entendí con indecible sorpresa, ó por lo menos creí entenderle que balbuciaba:

—¡Padre mío, yo os perdono!

Sufrió un estremecimiento terrible. ¡Dios mío! ¡Perdonar á Dios! y exclamé:

—No es eso, pobre amigo mío, no es eso.

Pero me detuve, porque parecía como que una voz interior me gritaba: «¡Ya llama á Dios su padre! ¡Ya ha cesado de odiar á Dios! ¡Ya ama á Dios!»

Y parecíame que experimentaba yo una partecita de la alegría de Dios.

En este momento dijo Pedro (y le oí solo yo, porque Magdalena se había ya ido á encontrarse con la hermana y con el capellan):

—Madre mía.....

Me incliné para oírle, porque hablaba muy bajo, y pude comprender que repetía otra vez:

—Yo os perdono.....

Así aquel extraño pensamiento que acababa de atribular mi espíritu, el perdon concedido á Dios, era probablemente una ilusión mía, nacida del hecho de haber pronunciado Pedro la frase «Padre mio» en seguida después de mí, que había aplicado el mismo nombre á Dios.

Las otras palabras «Madre mía, os perdono,» daban ya sentido diferente á las primeras.

Pedro había hablado antes seguramente de su padre terreno, puesto que ahora hablaba de su madre; y á su padre terrenal debía ser á quien había antes perdonado.....

Quiero manifestar todo lo que pasaba por mí en aquel instante en que me sentí cristiano por la ca-

ridad, hasta las más íntimas fibras de mi ser, más y mejor aun que en todas las demás horas de mi vida, tan ardientemente deseosa de pertenecer á Dios toda entera.

Pedro, en sus largos días de odio desesperado, había tenido tres rencores principales, de los cuales dos, los que se dirigían contra su padre y su madre desconocidos, daban forma, á su rebelion contra la sociedad. El tercero se dirigía á Dios, casi tan desconocido para él como sus padres; y estos tres resentimientos, malos, pero no inexplicables, habían abierto el abismo de su miseria moral, harto más hondo que el de su miseria material.

Motivos había para creer que su perdon de ahora era para aquel hombre y aquella mujer, para sus desnaturalizados padres, que con su traición, le habían arrojado al suplicio de los abandonados; y en este caso, Pedro, mi pobre idóta de París, había salvado de un salto, que puede llamarse prodigioso, el precipicio que separaba su odio inveterado, amargo, gangrenoso, el ódio que había constituido toda su existencia, de la verdadera y perfecta caridad divina.

Pedro era grande de todos modos, y ahora tocaba del primer vuelo, según sucede con frecuencia en el adorable milagro de la buena muerte, tocaba,

digo, á lo sobrehumano, á la sublimidad cristiana.

¿Era así realmente? No lo sé. Suele uno juzgar á los hombres tal como les ha visto. Yo había visto á Pedro Blot enteramente otro. Allá detrás del Monte-Valeriano, metido en el saco, me había dado miedo; pero era más que nada por la negra, desoladora y densa oscuridad en que yacía.....

La desgracia de Pedro era como si dijéramos *supina*. Nada le aliviaba. Dios se lo había negado todo, hasta el lado punzante y trágico del tormento que tanto ayuda al alma á levantarse. Tan cierto es esto, que tú mismo has debido preguntarte más de una vez por qué dedico yo tan enérgica compasión á las desolaciones vulgares.

He pronunciado la palabra, y no hay otra: en Pedro todo era *supino*, salvo una maldita migaja de excentricidad, como aquel suicidio por medio del agenjo, que era doblemente *supino*, hasta el extremo de llegar á producir el especial asombro que nace de un exceso de estupidez.

Poesía no había nada en él, ni pretexto para la poesía. Pedro no era ni siquiera un pillete; bien lejos de ser un malvado que se prestara á la indignación lírica. Era un desgraciado nada más.

Me costaba, pues, no poco trabajo creer que se hubiera crecido de aquella manera repentinamente,

que se hubiera transformado y depurado hasta lo admirable, hasta la piedad inverosímil del hijo desamparado y muerto en su desamparo, á fuego lento, que perdona á su padre y á su madre, autores de aquella angustia tan larga como su vida.

Y les perdonaba por sí mismo, aparte de toda otra causa exterior, sin que nadie le hubiera dicho: «es menester perdonar», sin haberles encontrado ni haberles visto, sin peripecias y por consiguiente sin drama, y por el solo poder de la iluminación suprema..... Te digo todo esto para explicarte, para disculpar la irresistible fuerza que me llevaba al otro miembro de la alternativa, al primero, *al perdón á Dios*, no porque esta idea fuera menos extraña, al contrario, espantaba mi propia conciencia; sino porque me parecía más vecina de la salvaje ignorancia de Pedro, más acomodada á su orgullo populachero, y también sin duda porque *era mía*.....

Sea de esto lo que quiera, renunció á decirte lo profundo de mi emoción y la intensidad de la plegaria que de mi corazón brotaba. Besaba yo la mano de Pedro, que tenía apuñada la cruz; pero él no sentía mi beso, ó por lo menos nada en él indicaba que percibiera el contacto de mis labios.

Volví la cabeza al ruido de los pasos del capellán que venía con la hermana.

La máscara de la muerte se había colocado de un golpe sobre la faz de Pedro, más no podía uno equivocarse ante el movimiento de sus labios, que ahora se apegaban á la cruz con gran ardor voluntario y visible.

—¡Arrepíentase de sus pecados, hermano!—le dijo el sacerdote precipitadamente, pues creía llegar ya tarde.

—¡Ya lo ha hecho!—murmuró Magdalena detrás de él.—¡Ya lo ha hecho, y bien, á fé mia!

Estaba Magdalena todavía en la idea del *perdon á Dios*, pues que no había podido oír las últimas palabras de Pedro Blot que se referían á su madre, y debió expresarse con tan marcado tono de ironía, que el capellan la miró con severidad mezclada de estupor, como si la hubiera oído una blasfemia.

Mi pobre Magdalena, que no está muy fuerte en teología, escondió la cabeza entre las manos, apoyados los codos á los pies de la cama, y añadió con dulzura:

—Ande usted; no tema: déle usted la absolucion. ¿Por ventura Aquel de quien él hablaba no entiende todos los idiomas? Pedro ha perdonado al mal que ha sufrido y al mal que ha hecho. Lo cual quiere decir sencillamente que quiere ser perdonado, sino que la lengua le ha trocado las palabras..... ¿Piensa

usted que la bondad del Corazon de Jesús se va á quedar en deuda con este pobre corazon?

Yo en tanto rezaba con todo el fervor de mi alma. No sabía yo más ni quería saber más que Magdalena, ó mejor dicho, era del mismo parecer que ella, hasta en lo más recóndito de mi fe. Parecíame estar viendo aquel Corazon de amor dulce y humilde y todo rodeado de llamas que truecan el estiércol en oro puro.....

Juan hizo aquí una pausa. Sus ojos buscaban el cielo á través del follaje; su mirada tierna como la de los ciegos, que ven, según se dice, en el interior de su alma, no reflejaba ya nada de las cosas de aquí abajo. Permaneció un instante en silencio, como si un pensamiento demasiado grande le hubiera ahogado las palabras. Cubrióse de carmín su habitual palidez. Todo su sér parecía que vibraba; nunca había visto yo al recogimiento trascender así al exterior de un hombre.

De repente le asomó una lágrima á los ojos.

—¡Ah!—dijo muy bajito y con voz temblorosa:—tengo miedo de hablar. No me atrevo á decirte el cántico de reconciliacion entonado dentro de mí por el tartamudeo, por el *lapsus* quizá de esa ignorancia que *perdona* á la infinita luz de Dios. Si yo

me engañaba, que Jesús tenga misericordia. ¡Ah! Dios á los piés del pobre; el santo de los santos suplicando al más ínfimo de los pecadores! Porque Dios le *había suplicado*, de eso estaba yo bien seguro. Y aun veía inscrito en el esplendor eterno aquel pacto inaudito, escala de una palabra entre la suma debilidad y la Omnipotencia; aquel trato aceptado desde lo hondo de la agonía sobre la cama de un hospital por el miserable de los miserables; y he dicho aceptado, porque realmente había sido ofrecido desde lo alto del cielo por aquel que llena los mundos de la majestad de su gloria!

¡Oh, Dios mío, Dios mío, nuestro camino, nuestra vida y nuestra salud! ¡Dios de las misericordias sin límites, Dios de la cruz, Dios loco de amor! ¡Él os había perdonado! ¡Él, gusano de la tierra, á vos que sois Dios! Y este perdon, tan poca cosa como es, ante la riqueza de vuestro perdon inmenso, brotaba torrentes de misericordias.

¡Oh cuánto amáis, Dios mío, á los que andan arrastrando como Pedro Blot, abatidos bajo las humillaciones de este mundo! Tan cerca están de vos, que al menor movimiento tocan ya la herida de vuestros piés. Vos les igualáis casi á vos en la hermosa participacion de vuestra ternura, y se les puede decir como á vos en otro tiempo el Centurion:

Sed tantum dic verbo.... «¡Decid siquiera una sola palabra, oh vencidos de aquí abajo. ¡Tenéis un tesoro amontonado: no le dejéis perder por falta de una palabra!»

¡Oh, dichosos vosotros los desgraciados, los hollados..... grey esclava y maltratada por la rabia de los perros de Satanás, de los perros políticos, sociales, literarios, encarnizados en vuestra ruina, porque vuestra ruina es su fortuna de un día, porque se hinchan sobre el monton de vuestros padecimientos, hasta la hartura de sus ciegas ambiciones! ¡Oh miserables, ardientemente queridos de Dios! Vosotros estáis desde toda la eternidad en su corazon, y desde toda la eternidad abaja él hasta vosotros los deseos de su ternura insaciable. ¡Pacientes, menesterosos, desdeñados; vosotros sois las glorias escogidas, los llamados antes que todos, los primogénitos, los preferidos, las almas adornadas con los esplendores nupciales del sufrimiento!

Por vosotros saludó el ángel á la Bendita entre todas las mujeres; por vosotros el misterio adorable de la Encarnacion exhaló aquel cántico de supremos triunfos entre los labios de María Inmaculada; por vosotros saltó de gozo Juan Bautista en las fecundas entrañas de la estéril; por vosotros guió y alumbró la estrella á los Magos y acudieron los

pastores, instruídos por la voz del cielo, alrededor de la cuna de humildad y de gloria en que dormía vuestro Rey, el Rey de los Reyes; por vosotros, José, que era el trabajo, la castidad, la grandeza y la obediencia, huyó á Egipto con el precioso depósito, afrenta y honor de su raza; por vosotros creció el divino niño en la oscuridad laboriosa; por vosotros el precursor, alimentado de ayuno y vestido de cilicio, abrió el camino del Desierto anunciando el Verbo del Padre; por vosotros, pobres, principales predestinados, salió Jesús de su oscuridad, sembrando sus caminos de milagros; por vosotros, ¡ah! por vosotros eligió doce discípulos parecidos á vosotros, y también por vosotros obró tantas maravillas en los cuerpos y en las almas de los semejantes á vosotros, purificándolos, curándolos, resucitándolos, y aposentándolos en lo más profundo de su corazón hasta poder decir hablando de vosotros: «Todo lo que á ellos se les diere, á mí mismo es á quien será dado.»

¡Oh pobres, que sois ricos con la inestimable opulencia que hay en la desnudez y en el hambre y en la sed y en el frío y en la humillación y en las lágrimas; hermanos de Jesús, hijos de Jesús, favorecidos de Jesús, herederos de su cruz, beneficiados con su preciosa sangre, corazones inundados por el

agua de la agonía y del amor que brotó de su costado abierto por la lanza! Vosotros, para quien el cielo es tan fácil y la tierra tan dura; vosotros que sois deseados, que sois implorados desde lo alto..... ¿Cómo puede hallarse entre vosotros un solo ser bastante insensato para rechazar lejos de sí su divino patrimonio y para trocar su derecho de primogenitura real por el vapor de un plato de lentejas?....

Conforme Juan me hablaba se iba haciendo más sonora su voz, que me envolvía y me bañaba, penetrante como el calor de su piedad hermosa. Todo lo que me dijo entonces lo guardo dentro de mí, y, sin embargo, no he podido reproducírtelo tal como él me lo dijo. Quizás he hecho mal hasta en intentarlo. Juan tenía boca de oro, pero era uno de esos elocuentes á quien nadie puede traducir.

Volvió á tomar el hilo de su narración, y dijo:

—A otra pregunta del capellán, que pedía una señal de arrepentimiento, Pedro, cuyos ojos arrasados de lágrimas hablaban ya bastante, respondió con un movimiento de cabeza muy perceptible, y recibió en seguida la absolución.

Mientras el sacerdote pronunciaba la fórmula de ésta, experimentó Pedro un estremecimiento interior que trastornó sus facciones con tal violencia,

que Facio, asustado, se echó para atrás; pero aquello no fué más que una pasajera convulsion, y en seguida volvió el enfermo á levantar la cabeza.

Me miró. Creí sentir el nombre de Adela vagar por sus labios; pero no fio mucho de mí.

La palabra «gracias» sí que salió de su boca, de esto estoy bien seguro, y la palabra «Dios», y oprimió la cruz del rosario contra su pecho, en tanto que sus ojos suplicaban.....

Todos estábamos de rodillas.

Hubo allí, como dice Magdalena, una ráfaga de claridad que pasó sobre él, y Facio tocó sus manecitas una contra otra, gritando:

—¡Papá se ha curado!

En aquel momento la cabeza de Pedro Blot tornó á caer sobre la almohada, y repitió por tres veces, con voz que se oyó hasta de lo último de la sala, la misma invocacion que yo le había dictado: «¡Padre míol ¡Padre míol ¡Padre míol!»

Y concluyó su carrera sobre la tierra.

Magdalena le abrazó y le cerró los ojos.

Cuando se levantó el capellán, una pobre anciana, cuya agonía duraba ya desde hacía cuarenta y ocho horas en la sala contigua, le llamó gritando:

—¡Yo también, yo también! ¡Ya le quiero!

Había rechazado hasta entonces los auxilios de

la Religion, recibiendo al sacerdote con groseros insultos cada vez que se la presentaba. Al llegar el capellán al lado de su cama, le dijo:

—Dios ha venido. El hombre ha rogado: yo también hallaré gracia.

Y se confesó entre lágrimas y sollozos.....

Como Juan no hablaba ya, le pregunté con harto desenfado queriendo disimular la emocion, extraordinaria que sentía:

—¡Vamos! y ahora ¿me falta oír que consideras á Pedro Blot como un santo?

—Te falta oír,— me respondió,—que creo en Dios y en cada una de las partículas de Dios, si no es una impiedad el hablar así, aun en el sentido figurado, del Sér absoluto é invisible. Que creo en la rica porcion de los desheredados, en los gozos prometidos á los que lloran, en la glorificacion de los humildes, en el celestial desquite de los oprimidos. Dios está en todas partes, y el hecho milagroso de su presencia en todas partes, no puede seguramente ser disminuído ni aumentado. Y sin embargo, Dios *había venido* al Hospital, por más que ya estuviese allí, pasando á través de sí mismo, porque Dios se *cierna, más presente* en cierto modo por Jesucristo, Dios á la vez y Rey de los angeles

de Dios, sobre la suprema angustia de los que sufren, que son los huéspedes de su divino corazón. No estoy cierto de ninguna otra cosa más que de la misericordia infinita del Corazón de Dios. Y ¿quién será osado de responder categóricamente á tu pregunta? ¿Sabes tú acaso lo que es un santo?... Mas cada vez que recitó el salmo *Laudate pueri Dominum*, me acuerdo de Pedro y le veo «levantado fuera de su cieno (1)» por la mano del Herido adorable cuya sangre derramada es un océano de gracia, y veo al padre de los pobres, al Rey de la gloria, enamorado de los atractivos de la miseria, coger á Pedro Blot, el último de entre los últimos «para colocarle entre los príncipes (2) de su pueblo.» En suma, yo ruego por él; pero también le ruego que ruegue por mí...

Juan siguió después de un rato de silencio:

—Al cruzar la sala para retirarnos, advertí que Magdalena no iba con nosotros. Fácio, á quien yo llevaba por la mano, me dijo:

—Se ha quedado allá atrás con un viejo.

Volví á deshacer las pisadas, y hallé en efecto á Magdalena hablando con un viejecillo enfermizo

(1) ... *de stercore eringens pauperem...*

(2) *Ut collocet eum cum principibus... populi sui.*

que no llevaba nada en la cabeza, ya toda calva, más que un hilo de bramante atado á manera de venda, sosteniéndole sobre los ojos una especie de pantalla verde. Un querubín rubio cubierto de andrajos le llevaba de la mano, porque él no veía.

En el momento en que yo llegaba se despedía de Magdalena para continuar su marcha, tambaleándose, hacia el otro extremo de la sala.

—¡Mira, mira, querido! me dijo mi mujer sonriendo y suspirando: es un *pobre de Pedro Blot* que viene nada ménos que de Curva-vía!

Y Bonifacio exclamó inmediatamente:

—Bien le conozco yo; es el antiguo noble á quien llevaban la sopa cuando vivía mamá Adela, y se enfadaba cuando la sopa no estaba buena.

—Me ha detenido,—continuó Magdalena,—para decirme con mucha cortesía: «Señora, yo no puedo leer los números, ¿quiere usted enseñarme la cama del señor Pedro Blot, que tiene el 16?»

—Ese ha tenido muchos miles,—dijo Fácio con aire de importancia.—Papá le llamaba «jesuita», pero nunca le dejaban sin su ración de sopa.

Magdalena le dió un abrazo, y continuó:

El viejo ha conocido á la señora Adela, y llora á mares hablando de Pedro y diciendo: «No tenía yo en el mundo más que á él.»

Nosotros también llorábamos.

Los naturalistas han escrito páginas hermosas sobre la prodigiosa grandeza de Dios, considerada sobre todo en los pormenores de las cosas infinitamente pequeñas. Nos muestran el animal que vive sobre la tierra, el insecto que vive sobre el animal, sobre el insecto el animalillo invisible, y sobre el invisible, no sé qué, que no tiene nombre, pero que vive.

De esta manera desciende aún más abajo y sube todavía más alto la escala del milagro del amor, desde la generosidad ilustre de un Rothschild, hasta la oscura compasión de Pedro Blot.

Y ¿qué cosas no veríamos,—te pregunto yo ahora,—si fuera posible que Midas, que es todo de oro, diese de su opulencia como Pedro Blot de su sopa?

Sucede en la sociedad lo mismo que en la naturaleza: en bajo es donde se ocultan los tesoros.

Las gentes que ven por ahí la tela grisienta y reluciente de mi gabán, apenas pueden contener la risa cuando me oyen hablar de «mis pobres.» Y tienen razón; porque la cosa no deja de tener gracia. Pues bien; *Pedro Blot era uno de mis pobres*, y PEDRO BLOT TENÍA SUS POBRES.

Y hay que añadir que la justicia de Dios invierte la escala milagrosa de que te hablaba hace

un momento, la escala de la caridad que es la escala misma de la salvación.

Cada uno de nosotros, en definitiva, será recompensado en proporción exacta del amor que haya tenido, es decir del sacrificio que haya ofrecido, y no conforme al valor material de la ofrenda.

Ochavo habrá quizás que valga más que todos los millones del Universo.

Y acontece que Creso, por generoso que sea, no habiendo podido nunca dar ni la más mínima parte de «lo necesario», permanece agobiado por sus bienes al pie de la escala, en tanto que Pedro Blot que ha tenido hambre suficiente para haberse comido la sopa que repartía, está en lo más alto, vecino del cielo, y no tiene más que decir, aunque sea muy bajito, cuando llegue el momento: «Aquí estoy, padre mío, soy yo.»

Hacia ya un rato que estaba yo viendo formarse del lado de la casa la procesión de los futuros oyentes de Juan. El partido del marro se había concluido, y los niños curiosos de saber, habían ido á buscar á mis hermanas, á mi mujer, á todas las autoridades que pudieran tener influencia sobre Juan para hacerle adelantar la hora de la historia.

Juan se había quedado pensativo buscando qu

zás una frase de efecto para concluir su terrible paralelo entre la opulencia y la miseria; así es que no veía toda aquella gente formal y menuda que iba llegando por una de las calles del jardín.

—¡Calla!—dijo cuando al levantar los ojos se vió rodeado;—ya estáis aquí?

—Venimos á *La Primera Comunion*,—dijo mi mujer.

—Se nos ha prometido *La Primera Comunion*,—añadieron mis hermanas.

Y mientras cada cual se iba acomodando debajo del emparrado, lo más cerca posible del narrador, las palabras *Primera Comunion* corrían de todos los corazones á todos los lábios, despertando aquí un recuerdo profundo, allá una misteriosa esperanza, acariciando á todas las almas, difundiendo en el aire ese soplo encantado, perfume de incienso y de primavera, de fervor y de flores, de armonía y de abandono, de sacrificio y de alegría, ese olor de sublime adoracion esparcido en torno del festín en que los niños tienen la dicha de verse servidos por los angeles, ese aliento de Dios muriendo de amor, que por una hora que se le respire embalsama todos los días y todos los instantes de la vida.....

FIN DE PEDRO BLOT.

